tas que acaricia el privilegiado suelo de Andalucía, y miradores sobre el Tajo, y sus casas de fábrica elegante, ofrece los atractivos todos de la vida moderna; vida de movimiento febril, vertiginoso, que ahuyenta la paz y lugar no deja á la meditación.

INOCENTE HERVÁS.

DÉCIMA

A MI QUERIDO HERMANO FERMIN EN LA MUERTE DE FERNANDITO

Nació, y con él la alegría;
benedicáis vuestra suerte,
y la inexorable muerte
temprana muerte le abría.
Risa y llanto en solo un día
conmovió vuestra memoria;
su existencia transitoria
llorad con amor, cual buenos....
¡Sabed que hay, si aquí de menos,
un angel más en la gloria!

MANUEL DÍAZ Y GUTIÉRREZ.

Madrid 28 Marzo 93.

CRÓNICA BARCELONESA

Sr. Director de LA JUVENTUD TORRALBEÑA.

Muy señor mío: Después de largos debates se han podido formular las conclusiones del tema que con tanta lucidez y tanto provecho para el porvenir ha sido motivo de las conversaciones últimas tenidas por los socios del Instituto agrícola de San Isidro.

Es inútil que yo me esfuerce en demostrar la importancia y la trascendencia de la primera conclusión, en su parte esencial. En ella estamos todos conformes. Conviene sustituir la acción individual por la asociación de elementos afines. Los pequeños propietarios y labradores que carecen de instrucción elemental acerca de la industria á que dedican sus afanes, que carecen de aperos de labranza perfeccionados, de abonos suficientes, de máquinas que abaratan y perfeccionan todas las operaciones, de mercado seguro y remunerador para sus productos y del dinero necesario para una perfecta explotación agrícola, deben unirse y hacer entre todos lo que uno solo no puede hacer. Cada uno se desprende de una pequeña cantidad para hacer un fondo capaz ó suficiente para proporcionar los medios que se desean y adquirir esos medios, se ponen á disposición de los asociados.

En cada localidad serán distintas las necesidades más imperiosas. Aquí, serán los abonos; allí, las máquinas; en otro lado, las simientes nuevas; en otro, el mercado; en casi todos será necesario satisfacer todas las necesidades empezando por las más urgentes. De ahí que la conclusión, para abarcar mucho y generalizar diga: «con arreglo á las necesidades y aptitudes de cada comarca.»

Sin embargo, hay una necesidad que es común á todas las regiones de España y que es preciso atender como medio de poder satisfacer las demás. Me refiero á la instrucción en general. Dejando aparte por su gran importancia los conocimientos científicos que tanta falta nos hacen, hay una serie de cosas que no conocemos y debemos conocer una vez constituidos en sociedad. Supongamos que estamos constituidos en asociación para todos los fines agrícolas y que tratamos de adquirir una máquina ó abonos. ¿Qué sistema de máquinas es mejor? ¿cuál es más sólida, de más producción, de menos coste, de manejo y compostura más fácil? ¿qué clase de abono requiere cada planta? ¿cuál la tierra arcillosa? ¿cuál la calcárea? En qué época ha de aplicarse etc., son preguntas para las que hemos de tener con-

tación de antemano, si no queremos vernos expuestos á un fracaso. Es preciso, pues, que estemos instruidos, aunque no sea más que de los conocimientos prácticos universalmente aceptados, y para ello necesitamos auxiliarnos de libros, revistas y periódicos profesionales, que vengan á constituir una biblioteca reducida ó extensa, según los medios de cada asociación.

Pero no es bastante este conocimiento teórico. Puede ocurrir que lo que dá buenos resultados en otras tierras no los dé en la nuestra, y para no exponernos, por exceso de fé en el dicho ageno, á malgastar el dinero, debe la misma sociedad hacer sus experiencias. Se trata por ejemplo de una simiente nueva que se nos anuncia como buena, de un tratamiento especial para una enfermedad determinada, etc., etc., la sociedad compra una pequeña cantidad de aquella simiente, y la reparte entre dos ó tres socios que hayan de cultivar en aquel año lo mismo y se ofrezcan á ensayarlo y así se puede obtener un juicio exacto. Cuando ya se sepa que aquello que se ensayó dá buenos resultados, puede la sociedad comprarlo y ponerlo á disposición de los socios en mayores cantidades.

La segunda conclusión se refiere al crédito agrícola. Según ella, la forma mejor es la que tenga por base la mutualidad y tenga al frente á las personas de reconocida honradez que se presten por amor al prójimo á facilitar sus servicios gratuitos y una pequeña suma al fondo social. Ha prevalecido, según se vé, la idea de caridad. Se necesita, según esta conclusión, que haya en cada pueblo diez ó doce propietarios que quieran poner cada uno doscientas ó trescientas pesetas en fondo común para prestarlas á los más necesitados y que además quieran tomarse el trabajo de administrar esos fondos. Tiene buen cuidado la conclusión de decir «por amor al prójimo» lo que equivale á decir que necesitan desprenderse del egoísmo los de arriba, cosa que estimo muy difícil.

Más fácil es á mi juicio que cada asociación destine una parte determinada del sobrante de cada año á préstamos para el siguiente. Se amoldaría esto mejor con el sistema cooperativo que aquella fórmula se hace difícil porque exige que haya quien preste el capital de la sociedad en cantidades no pequeñas.

Tiene la fórmula propuesta en la conclusión la ventaja de ser de aplicación inmediata; por eso decíamos en uno de nuestros artículos anteriores que no conocíamos sociedades cooperativas de crédito que tuvieran funcionamiento normal inmediato á su constitución. No puede haberlas, porque las cooperativas tienen por base y esencia el que su capital se constituya poco á poco merced á pequeños esfuerzos individuales. Pero ya que el mal es viejo, né corramos mucho para aplicarle el remedio. Si estamos convencidos de que la cooperación es la forma de asociación que envuelve menos inconvenientes para pequeños capitalistas y quizás la única posible y tenemos fé en sus buenos resultados, apliquémosla á todo, incluso al crédito, aunque no podamos hacer préstamos en el primer año.

La tercera conclusión se refiere á la supresión del intermediario, esa plaga que vive á costa del trabajo del labrador, cuando se convierte en acaparador y logrero. El remedio es sencillo: que la asociación ó sindicato sea de importancia y de crédito bastante para omitir en lo posible la ingerencia de aquéllos.

La conclusión no menciona las dos opiniones que se han revelado en la discusión, ni por tanto se decide por una forma determinada, y fácil es comprender la razón. Hay artículos de producción agrícola propios para venderlos directamente al consumidor por medio de establecimientos al por menor. Los hay que requieren que los mismos labradores ó la asociación sea el intermediario entre productor y consumidor. Hay por último artículos que necesitan del intermediario y plazas en las que no se venden si él no media. De aquí que la con-

clusión no haya podido decidirse por una forma concreta. El único medio que hay para prescindir del intermediario es que la asociación de labradores tenga importancia, porque entonces tendrá medios hábiles para burlar aquella ingerencia; por lo cual dicho se está que las cooperativas no pueden prescindir del intermediario en sus primeros momentos, por ser escasa su fuerza.

(Se continuará)

CANTARES

No desprecies mi cariño,
ni me mires enojada,
que tus desprecios y enojos,
me van traspasando el alma.

¿Por qué estrañas que el arroyo
se desborde, niña ingrata?..
si son las lágrimas mías
el manantial de sus aguas.

De tal suerte es la mujer
que es hermosa y hechicera,
que si es un placer amarla,
es un peligro tenerla.

Si te veo, niña, gozo,
porque viéndote me alegro,
y cuando no puedo verte,
me hace gozar tu recuerdo.

Es tan intenso mi amor,
que en un rincón de mi pecho
te he levantado un altar,
y sobre el altar te he puesto.

Son tus ojos, niña mía,
tan parecidos al cielo,
que al mirarlos con los míos,
la inmensidad miro en ellos.

JUAN JOSÉ GÓMEZ SALCEDO.

La fuerza del porvenir

Aunque se conocían algunos rudimentos de lo que hoy se llama en la Ciencia *electricidad estática*, puede afirmarse, que este ramo del humano saber, estuvo muerto hasta que un ilustre sabio anatómico, profesor en Bolonia, el inmortal Galvani, fué causa con su experimento fundamental, del descubrimiento de otra nueva rama de la Física, *el galvanismo ó electricidad dinámica*.

Después, en el año 1800, otro sabio, profesor de la Universidad de Pavia, el gran Volta, vino con el invento de su pila á completar los conocimientos que sobre electricidad dinámica ya se poseían en dicha época, y á los que no había contribuido en poco Franklin con la invención del pararrayos (1755). Estos fueron los cimientos del inmenso y hermoso edificio que hoy se conoce con el nombre de *Ciencia eléctrica*.

Fueron perfeccionándose los aparatos que ya se conocían, aplicósele la pila de Volta al telégrafo (pues el establecido por Lesage en Génova en 1774 era sin pila y tenía 24 hilos) y de progresión en progresión, hemos llegado á un punto, del que al parecer ya no podremos pasar. Tantos y tan sorprendentes han sido los adelantos realizados.

Gran sorpresa habian de experimentar los sabios á que me he referido, si pudieran volver al mundo de los vivos y vieran la facilidad con que nos servimos de las corrientes por ellos descubiertas, para transmitir lo que escribimos, lo que hablamos, para ver lo que contiene una caja sin abrirla, y

quizás muy pronto, para poder transmitir á larga distancia el perfil de nuestra propia figura.

¿Quién había de decirles á Cavendish y á Graham cuando en 1747 produjeron las primeras chispas eléctricas, valiéndose para ello de rudísimos aparatos, que aquellas rápidas y fugaces lucecillas que ninguna llegaba á durar una milésima de segundo, habian de convertirse en constantes y polerosos focos de luz?

Breguet, Morse y Huguets perfeccionando el telégrafo, Bell inventando el teléfono, Edissón con su fonógrafo y sus lámparas incandescentes y tantos y tantos sabios que con sus inventos y sus nombres han enriquecido las ciencias físicas, es seguro que causarían el asombro de todos los hombres ilustres antepasados.

Digo en uno de mis anteriores párrafos, que parece ya imposible avanzar del sitio en que nos encontramos, en materia de adelantos en la ciencia que nos ocupa; pero no habrá escapado á la ilustración de mis lectores, que tal cosa, ni puede, ni debe ser.

Sabido es por todos, que la electricidad no es otra cosa, que una manifestación de la fuerza general; como si dijéramos, una rama del árbol de la fuerza y del poder; *del magnetismo*.

El magnetismo es un árbol (y valga el símil), del que solo se conocen la rama correspondiente á la electricidad y algunos cogollitos que la Ciencia utiliza, pero el grueso del árbol, aunque se presente, permanece ignoto y oculto á la escudriñadora mirada del sabio, que tiene que contentarse con cultivar la rama que sobresale y esperar que pasados los albores en que actualmente se halla la ciencia magnética, la inmutable ley del progreso vaya sacando á la superficie lo restante del árbol.

Sorpresa y admiración experimentarían los antiguos físicos, contemplando los adelantos realizados, pero mayor las experimentarían los actuales, seguramente, si pudieran darse una vuelta por estos sitios, pasados un par de siglos, si las ciencias siguen avanzando como en la actualidad.

¿Quién es capaz de calcular lo que se podrá hacer cuando se conozca, domine y maneje el incommensurable poder del magnetismo? Esa fuerza que lo mismo sujeta, equilibrando su peso, la fina limadura de acero en la aguda punta de una aguja de coser, que sujeta y equilibra los infinitos mundos, que rodando sin cesar por siderales espacios, no se apartan ni un ápice de la órbita que les tiene marcada el poder que los domina, haciéndoles conservar entre sí la posición que respectivamente les tiene asignada y que no pueden variar, á pesar de estar variando la posición constantemente.

¿Quién, repito, podrá ni presumir siquiera, lo que el hombre llegará á conseguir, cuando de una manera fija conozca esa fuerza, que unida en su trabajo con la pesantéz atmosférica determina la gravitación universal?

El día que se pueda medir y apreciar la fuerza de cohesión desarrollada por la imantación en el éter intermolecular, será el día de la verdadera revolución en las Ciencias Físicas, y cuando el hombre podrá decir con verdad, que posee y domina la fuerza que hoy se llama del porvenir.

ENRIQUE CARRIZO.

DEL CULTIVO

Raras veces el hombre estudia la tierra sobre la cual esparce las semillas; pocas se para á reflexionar en la mayor cosecha que obtendría al tener presente dicho estudio.

La mayor abundancia de una recolección, depende de la mayor proporción en que se hallen en la tierra los elementos más precisos pa-